

Comienza la Batalla de Inglaterra, 1940.

La guerra en la Europa continental parecía haber finalizado. Alemania había ganado. Europa era fascista desde Polonia hasta Sicilia, y desde Hungría hasta Portugal. Ya no se libraban combates en ningún sitio. Se rumoreaba que el gobierno británico había negociado con los alemanes los términos del tratado de paz.

Sin embargo, Churchill no firmó la paz con Hitler, y ese verano estalló la Batalla de Inglaterra. Al principio, los civiles no se vieron muy afectados. Las campanas de las iglesias fueron silenciadas, su repique se reservó al anuncio de la esperada invasión alemana. Daisy siguió el consejo del gobierno y colocó cubos de arena y agua en todos los rellanos de la casa, como precaución contra incendios, aunque no fueron necesarios. La Luftwaffe bombardeaba los puertos, con el objeto de cortar las vías de suministro de Inglaterra. Siguieron con las bases militares, en un intento de destruir la Royal Air Force. Boy pilotaba un Spitfire y derribaba cazas enemigos en batallas aéreas contempladas por granjeros boquiabiertos de Kent y Sussex. En una de las pocas cartas que escribía a casa contaba con orgullo que había derribado tres aviones alemanes.

(...)

(Daisy) Salió a la calle. Entonces miró hacia arriba. El cielo estaba plagado de aviones.

La visión la hizo estremecer de miedo. Estaban muy arriba, a unos tres mil metros, aunque parecían tapar el sol. Eran cientos de aparatos, enormes bombarderos y cazas estilizados y ligeros como avispa, una flota que debía de tener unos treinta kilómetros de ancho. Hacia el este, en dirección a los muelles y Woolwich Arsenal, columnas de humo se elevaban desde el suelo, donde impactaban las bombas. Las explosiones se sucedían con tormentoso estruendo, como el del mar embravecido.

Daisy recordó que Hitler había pronunciado un discurso en el Parlamento alemán, precisamente aquel pasado miércoles, en el que despotricó contra la debilidad de los bombardeos aéreos de la RAF sobre Berlín y amenazó con borrar las ciudades inglesas del mapa como represalia. Por lo visto, lo había dicho en serio. Pretendían arrasarlo con Londres.

Tal como estaban las cosas, aquel ya era el peor día de la vida de Daisy. Entonces se dio cuenta de que sería el último. Tenía que escapar. Necesitaba estar en su hogar, donde podría llorar en privado. A toda prisa, se puso el casco y las gafas. Resistió un impulso irracional aunque poderoso de ocultarse tras el primer muro que encontrara. Subió a la moto de un salto y se puso en marcha. No llegó muy lejos.

A dos calles de allí, cayó una bomba sobre una casa que estaba justo en su campo de visión, y frenó en seco. Vio el agujero en el techo, sintió la vibración del golpe sordo provocado por la detonación y, pasados un par de segundos, vio las llamas que ardían en el interior, como si el queroseno de un calentador se hubiera derramado y hubiera prendido. Unos segundos después, una niña de unos doce años salió de la casa, gritando, con el pelo en llamas y corriendo directamente hacia Daisy.

Ella bajó de un salto de la motocicleta, se quitó la chaqueta de cuero y la utilizó para tapar la cabeza de la pequeña; la envolvió con fuerza para dejar sin oxígeno a las llamas. Los gritos cesaron. Daisy retiró la cazadora. La niña seguía llorando. Ya no se sentía morir, pero estaba calva.

Daisy miró la calle de punta a punta.

Un hombre con casco metálico y una banda en el brazo del encargado voluntario de Prevención para los Bombardeos se acercó corriendo con una caja metálica de primeros auxilios que llevaba una cruz pintada en el lateral.

La niña miró a Daisy, abrió la boca y gritó:

—¡Mi madre está dentro!

—Tranquila, cariño, primero vamos a echarle un vistazo —dijo el supervisor de Prevención.

Daisy dejó a la niña con él y corrió hacia la puerta de entrada del edificio. Parecía una casa antigua parcelada en apartamentos. Los pisos superiores estaban ardiendo, pero podía entrar en el recibidor. Guiada por una corazonada, corrió hacia el fondo y llegó a la cocina. Allí vio a una mujer inconsciente en el suelo y a un bebé en una cuna. Agarró al bebé y volvió a salir corriendo.

—¡Es mi hermana! —gritó la niña con el pelo chamuscado.

Daisy depositó a la pequeña en brazos de su hermana y volvió a entrar en la vivienda.

La mujer inconsciente pesaba demasiado para poder levantarla sin ayuda. Daisy se situó detrás de ella, la incorporó hasta sentarla, la agarró por las axilas y la arrastró por el suelo de la cocina hasta sacarla por el vestíbulo y salir a la calle.

Había llegado una ambulancia: era un turismo reconvertido, con la parte trasera cubierta por un techo de lona y sin puertas. El voluntario de Prevención estaba ayudando a la niña a subir al vehículo. El conductor se acercó a Daisy a toda prisa. Entre ambos, metieron a la mujer en la ambulancia.

—¿Queda alguien más en la casa? —preguntó el conductor a Daisy.

—¡No lo sé!

El hombre se precipitó hacia el recibidor. En ese momento, todo el edificio tembló. Los pisos se desplomaron sobre el suelo. El conductor de la ambulancia se adentró en un verdadero infierno. Daisy se oyó gritar. Se tapó la boca con una mano y se quedó mirando las llamas, en busca del conductor, aunque no hubiera podido ayudarlo y habría sido un suicidio intentarlo.

—¡Oh, Dios mío, Alf ha muerto! —exclamó el encargado de Prevención.

Se oyó otra explosión cuando una bomba impactó a unos noventa metros calle arriba.

—Ahora no tengo conductor, no puedo abandonar el lugar —dijo el voluntario, y miró a ambos lados de la calle. Había pequeños grupos de gente a la entrada de algunas casas, pero la mayoría estaban en los refugios.

—Ya conduzco yo. ¿Dónde tengo que ir? —preguntó Daisy.

—¿Sabes conducir?

La mayoría de las mujeres inglesas no sabían conducir, seguía siendo cosa de hombres.

—No hagas preguntas idiotas —replicó Daisy—. ¿Adónde hay que llevar la ambulancia?

—A St. Bart's. ¿Sabes dónde está?

—Por supuesto. —St. Bartholomew's era uno de los mayores hospitales de Londres, y Daisy había vivido cuatro años en la ciudad—. En West Smithfield —añadió, para asegurarse de que la creía.

—Urgencias está por detrás.

—Ya lo encontraré. —Subió al vehículo de un salto. El motor todavía estaba en marcha.

—¿Cómo te llamas? —gritó el encargado de Prevención.

—Daisy Fitzherbert. ¿Y tú?

—Nobby Clarke. Cuídame bien la ambulancia.

El coche tenía el cambio de marchas clásico. Daisy metió primera y partió. Los aviones continuaban rugiendo sobre sus cabezas y las bombas caían sin pausa. Daisy deseaba con todas sus fuerzas trasladar a los heridos al hospital, y St. Bart's estaba a poco menos de kilómetro y medio, pero el trayecto era de una dificultad desquiciante. Condujo por Leadenhall Street, Poultry y Cheapside, pero en varias ocasiones encontró el camino bloqueado, por lo que debía retroceder y dar con una ruta alternativa. Se fijó en que, al menos, había una casa destruida por calle. La totalidad del paisaje estaba en ruinas y humeante, y había personas sangrando y llorando. Sintiendo un tremendo alivio, llegó al hospital y siguió a otra ambulancia hasta la entrada de urgencias. El lugar era una verdadera locura: una docena de vehículos descargaban pacientes mutilados y quemados para ponerlos en manos de acelerados camilleros ataviados con delantales cubiertos de sangre.

«Tal vez haya salvado a la madre de esas niñas —pensó Daisy—. Aunque mi marido no me quiera, no soy una inútil total.»

La niña sin pelo seguía llevando a su hermanita en brazos. Daisy ayudó a ambas a bajar de su ambulancia. Una enfermera la ayudó a levantar a la mujer inconsciente y a llevarla dentro.

Sin embargo, Daisy se percató de que la mujer había dejado de respirar.

—¡Estas dos niñas son sus hijas! —gritó a la enfermera, y se percató del tono de histeria en su propia voz—. ¿Qué será ahora de ellas?

—Ya me encargaré yo —respondió la enfermera de forma expeditiva—. Tendrás que volver.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Daisy.

—Tranquilízate —le aconsejó la enfermera—. Habrá muchos más muertos y heridos antes de que acabe la noche.

—Está bien —respondió Daisy, y volvió a ponerse al volante de la ambulancia dispuesta a partir.